

## **Sobre la necesidad de un modelo pedagógico dialogante e interestructurante y la articulación disciplinaria**

*Orlando García Benítez<sup>4</sup>*

En el marco de este Encuentro de Maestros de Ciencias Sociales, más que una propuesta elaborada o terminada, quisiera hacer un ejercicio de reflexión en torno a una problemática que aqueja a las generaciones actuales y que afecta de manera determinante, las prácticas pedagógicas de los docentes y el papel de la escuela como institución responsable de la formación y cohesión de la sociedad.

Esta gran problemática en la que me quiero centrar y la que considero se debe abordar antes de emprender cualquier reforma o propuesta pedagógica, se refiere a la revolución electrónica y de los medios de comunicación. A una caótica red de informaciones que viajan a velocidades descomunales y a un excesivo culto por la imagen, llámense de transferencia o de transmisión de informaciones visuales y auditivas (video juegos, realidad virtual, televisión por cable, etc.). Pues con esta gran revolución se dio paso a una cultura del espectáculo. “Hoy, gracias a la televisión, al vídeo y a las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, el ciudadano tiene acceso en su propia casa a cualquier tipo de espectáculo, a cualquier hora del día y de la noche. La televisión fagocita toda clase de espectáculos, desde el cine o el teatro hasta los conciertos, los deportes, los toros o las variedades” (Ferrés, 2000: 20).

La irrupción de estas nuevas tecnologías no debería tomarse tan a la ligera y pensar que son meros instrumentos o herramientas pedagógicas, ignorando su verdadera dimensión e influencia que está teniendo sobre las nuevas generaciones y en la sociedad en general. Estamos hablando de una nueva

---

4 Profesor Colegio San Andrés de Los Altos. Correo electrónico: orgarben@gmail.com

cultura, de una nueva visión de sociedad. Estas recientes tecnologías modifican comportamientos, determinan prioridades y transforman profundamente los cimientos de la sociedad. En términos de lo que McLuhan (citado por Ferrés) denominó “pensamiento de retrovisor”, “...existe una tendencia en los educadores a considerar las nuevas invenciones técnicas como una simple amplificación o prolongación de las antiguas. De acuerdo a esta concepción, las tecnologías audiovisuales y electrónicas suelen usarse como simple soporte de la cultura verbal o literaria tradicional, cuando en realidad debería imponer una redefinición del propio concepto de cultura. Es a esta revisión en profundidad a la que se resiste la escuela...” (*Ibíd*: 41).

Por esta razón me parece imprescindible la lectura y análisis del libro de Joan Ferrés, *Educación en una cultura del espectáculo*, (2000). Basta leerlo para empezar a descubrir todos esos malestares que sentimos los maestros, pero que no podemos descifrar y se convierten en quejas permanentes y amargas desgastantes. Algunas de ellas son: “los estudiantes ya no leen”; “es muy difícil pasar de lo concreto a lo abstracto”; “nada les gusta”; “no reflexionan”; “no se concentran”; “no se quedan quietos un instante”; “sólo quieren estar pegados a sus celulares”; “no rinden académicamente”; “nada los motiva”, etc. Ferrés plantea cómo la televisión presenta todos los temas en formato de entretenimiento y la realidad como fuente de espectáculo. La imagen ya no es el referente de la realidad de la vida cotidiana que se limitaba a representar, “hoy la imagen se convierte en el referente que hay que reproducir en la vida cotidiana” (Ferrés: 21).

La influencia de la imagen y la forma como se nos presenta, tienen serias repercusiones en los procesos mentales de nuestros estudiantes y en las personas que no la asumen de manera crítica y prevenida, pues “...con la cultura de la imagen se han desarrollado nuevas maneras específicas de pensar, de hacer y de ser, a partir de las formas de expresión que ha convertido en hegemónicas...” (*Ibíd*: 24).

Estas “formas de expresión hegemónicas” están bien definidas y argumentadas, y ustedes podrán juzgar si son utilizadas, o no, por los medios de comunicación.

La cultura de la imagen potencia lo sensorial, pues “lo audiovisual es multisensorial”, ya que afecta a más sentidos que el lenguaje escrito y estas “tecnologías de la comunicación audiovisual juegan en favor de la concreción, más que de la abstracción”. Entonces viene la pregunta eterna ¿a cuántas horas de televisión y especialmente de videos musicales, están expuestos los jóvenes de hoy en día? Puede parecer inofensivo, pero estamos ante una “hegemonía de la apariencia, de lo que se puede ver y oír”. Acaso es gratuito

ver a tanta gente conectada a sus aparatos electrónicos. Ferrés afirma de manera categórica y cierta, que “La hipertrofia de la dimensión sensorial puede llegar a impedir la activación de la mente reflexiva”, que “la comunicación audiovisual produce una gratificación primaria, pues juega con las líneas, las formas, los colores, las músicas, el ritmo, etc.”

Hagamos un alto y revisemos tan sólo la televisión nacional y sus nuevos formatos, a ver qué encontramos: telenovelas por doquier (nacionales y extranjeras; nacionales con actores extranjeros; extranjeras con actores nacionales); “realities” en las dos programadoras más vistas; programas de humor y de concurso cada vez más primarios y pobres en libreto, pero ricos en escenografía; noticieros “show” que convirtieron la noticia en un espectáculo y el noticiero en trivialidades de farándula; transmisiones deportivas, desde nacionales e internacionales hasta locales; transmisión en directo de grandes conciertos y discursos políticos y muchas cosas más.

Aunque esto parezca exagerado, es la realidad con la que miles de maestros nos tenemos que enfrentar en el aula de clase, cuando los estudiantes no encuentran en la escuela esta gratificación sensorial y esta saturación de estímulos. Los medios audiovisuales privilegian lo emotivo sobre lo cognitivo y reflexivo, por esto Ferrés se atreve a sentenciar que “la cultura audiovisual suele ser una cultura de hiperestimulación sensorial” (p. 26) y en algunos casos hay que hablar de “sobredosis de estimulación que puede llevar al receptor a una especie de embriaguez sensorial, de hipnosis” (p. 26). En estos casos “la hipertrofia de lo sensitivo prima sobre lo conceptual hasta el punto de anular cualquier posibilidad de distanciamiento reflexivo o crítico” (p. 26).

En lo que concierne especialmente a las ciencias sociales y al desinterés de los estudiantes por estos temas, además de su poca comprensión, se pueden explicar a partir de la siguiente cita: “Esta hiperestimulación, además de satisfacer sensorialmente, confiere al receptor una gratificante impresión de omnipotencia, por cuanto le permite superar las barreras del espacio y del tiempo. Es el placer de la ubicuidad, tanto espacial como temporal. El receptor puede pasar en un instante del pasado al presente y del presente al futuro. Puede, además, situarse, gracias a la cámara, en los lugares más inverosímiles. Y puede cambiar de punto de vista de manera constante y vertiginosa, sin apenas límites. Todo ocurre ante él. Todo está pasando para él” (*Ibíd*: 26). Una de las complicaciones más generalizadas en la enseñanza de la Historia y la Geografía en la actualidad, es la dificultad que presentan los estudiantes para ubicarse en el tiempo y en el espacio y, sobre todo, comprender los contextos y las implicaciones de los hechos históricos y las formas de ocupación del espacio, en la configuración de las sociedades actuales.

En la cultura de la imagen triunfa lo narrativo sobre lo discursivo. Todo lo convierte en relato, pues éste es “omnipresente” y aquí entra a explicar la

influencia de los videojuegos en el receptor y cada maestro hará su reflexión frente a la dinámica de su institución: “El videojuego, debido al protagonismo de las amenazas y obstáculos, está asentado en la ética/estética del exceso: de la velocidad, de la fuerza, de la agilidad, etc. Son pues relatos cada vez más dinámicos e implicativos” (p. 29).

¿Será que lo dinámico e implicativo de los videojuegos nos pueden dar una luz sobre los comportamientos intranquilos y agresivos de nuestros estudiantes?

Frente a la problemática del triunfo de lo narrativo, es decir, del relato sobre el discurso, podría pensarse que “Si aquí se ha establecido una dicotomía entre relato y discurso es para destacar que en la cultura del espectáculo se privilegia lo narrativo sobre lo discursivo, lo que comporta que las ideologías y las pautas de comportamiento no se comunican de manera explícita sino implícita, con lo que tienden a ser interiorizadas no de manera consciente sino inconsciente” (p. 29).

¿Esto nos ayudaría a explicar el fracaso de la escuela en la adquisición de pautas de comportamiento deseables socialmente y al triunfo de los seriados de televisión en la fijación de comportamientos de la cultura “traqueta” manifestada en el “matoneo”, en la cultura del dinero fácil y en los estereotipos que predominan en los imaginarios de niños y niñas, que vivenciamos a diario en cada una de nuestras instituciones?

Vigotsky, Wallon, Merani, De Zubiría y otros, afirman de manera categórica en diferentes momentos lo mismo: todo proceso humano es social, contextual e histórico y que los procesos cognitivos, valorativos y praxológicos deben entenderse demarcados por los contextos históricos y culturales en los que viven los sujetos.

En este momento histórico-cultural existe un desequilibrio, manifestado en una hiperestimulación de lo sensorial, de lo emotivo, de lo concreto, en sacrificio de lo conceptual, abstracto y reflexivo, es decir, en palabras de Ferrés: “nuevas maneras específicas de pensar, de ser y de hacer” que trascendieron los postulados de los paradigmas heteroestructurantes y autoestructurantes, del modelo pedagógico tradicional y de los inscritos en los modelos de escuela nueva y constructivismo. En este estado de cosas, propone Julián de Zubiría Samper, (2006): “Tendrá que abrirse paso un modelo dialogante e interestructurante, que reconociendo el papel activo del estudiante en el aprendizaje, reconozca el rol esencial y determinante de los mediadores en este proceso; un modelo que garantice una síntesis dialéctica...” “Dicha síntesis dialéctica tendría que reconocer en los modelos heteroestructurantes el

hecho de que, efectivamente, el conocimiento es una construcción externa al salón de clase y que, indudablemente, la ejercitación y la reiteración en diversos contextos cumplen un papel central en el proceso de aprendizaje; esos dos aspectos suelen ser negados por los modelos autoestructurantes. Sin embargo, la necesaria síntesis tendrá que discrepar del papel predominante que dichos modelos, centrados en el docente, le otorgan a los procesos rutinarios y mecánicos y del papel pasivo que le asignan al estudiante en el proceso de aprendizaje” (p. 15).

Este modelo dialogante Ferrés lo plantea desde la “metáfora del puente”, es decir, tender puentes entre el cerebro pensante y el cerebro emotivo. Que a pesar de existir una clara distinción, también presentan una mutua interdependencia. Por esta razón afirma Ferrés: “El educador, para serlo, ha de ser un buen comunicador, es decir, ha de ser mediador” (p. 151). Este puente, dice Ferrés, ha de tener dos pilares y un arco. Uno de los pilares debe estar fuertemente aferrado en los contenidos, que deben contar con un fuerte dominio y apasionamiento por parte del profesor y el otro pilar ha de estar ancorado en los estudiantes, de quienes se ha de tener un conocimiento de sus capacidades y limitaciones, de su nivel de desarrollo mental, de su sensibilidad, de sus preocupaciones, intereses y deseos para de esta manera conectarse con ellos y establecer una relación empática. El carácter interestructurante se encuentra en el arco, pues une de manera flexible los dos pilares “...el arco del puente equivale a la capacidad de comunicar adecuadamente los conocimientos o procedimientos, de transmitir eficazmente las actitudes y los valores, de hacerlos llegar a los receptores de manera fluida, comprensiva y suficientemente estimulante...” (p. 152). Esto se lograría con una “metodología conciliadora” en términos de Ferrés o con una “síntesis diléctica” como dice De Zubiría.

Es claro que enfrentar esta cultura del espectáculo y las implicaciones que está teniendo en las nuevas generaciones, no se puede adelantar desde uno de los modelos. Es necesario tender “puentes” entre las dos tendencias para garantizar la eficacia de las prácticas pedagógicas y la escuela logre sus objetivos sociales de formación.

Por esta razón más que nunca se necesita de un maestro flexible, capaz de leer las situaciones escolares, sociales y políticas de cada momento y, de acuerdo a estas interpretaciones, elegir contenidos y didácticas. En algún momento tendrá que recurrir a la capacidad memorística, a la disciplina, a la transmisión de información, a la ejercitación y a la reiteración. Por eso será importante la inclusión, como estrategia pedagógica, de los concursos, las competencias de memoria, la repetición y la asimilación de hábitos y valores. Las clases tendrán que ser más variadas y dinámicas, cuidando un equilibrio

entre lo emocional y lo cognitivo. Por esto es importante incorporar historias de vida, autobiografías, biografías de personajes valiosos por sus aportes a la humanidad, recuperar la historia como referente cultural por medio de comparaciones generacionales y la apropiación de roles, de ahí la importancia de los dramatizados y el estímulo a la creatividad de los estudiantes con parámetros y condicionamientos conceptuales. Debates, mesas redondas, foros, etc., que obliguen a asumir puntos de vista o posturas y a defenderlas de manera argumentada, de temas que tengan que ver con sus creencias y visiones. El maestro se ha de convertir en el contradictor de lo que se cree está bien o no se cuestiona o no se analiza de manera crítica o de los excesos. En palabras de Graciela Frigerio (2004): "...la educación trata de la vida. No de cualquier vida, no la vida entendida como un presente biológico, sino de la vida como aquello que se remite al vivir entre otros, con otros y a la construcción de una vida igualmente digna para todos".

Para este modelo, es claro que el conocimiento se construye por fuera de la escuela, pero es reconstruido de manera activa e interestructurada a partir del diálogo pedagógico entre el estudiante, el saber y el docente. Teniendo en cuenta el desarrollo de las dimensiones humanas, como son el pensamiento; el afecto, la sociabilidad y los sentimientos; la praxis y la acción, en función de un sujeto que siente, actúa y piensa.

Estas tres dimensiones son autónomas pero interrelacionadas e interdependientes y es muy importante su equilibrio, en el momento de la definición de los contenidos y prácticas pedagógicas, pues es sabido que se conoce más lo amado y que se interactúa más con ello, y que existen elementos cognitivos en todo proceso valorativo y práxico, o elementos valorativos en todo proceso cognitivo y práxico.

La articulación necesaria la planteo desde la integración de las humanidades y las ciencias sociales como ejes estructuradores de las demás áreas que componen el pensum de una institución escolar, pues "los seres humanos se humanizan gracias al lenguaje..." y que como diría Merani "Somos seres históricos y culturalmente determinados. De este modo, los individuos somos por nacimiento, nos mantenemos en el ser histórico por duración y realizamos nuestro ser en las circunstancias socioculturales en que nos toca vivir" (1976).

Creo que la situación de crisis actual que vive la escuela, es más compleja de lo que aparenta y debe ser abordada desde el reconocimiento de unos cambios dramáticos que han modificado la cultura y que exigen de nuestra parte, especial atención a la vulnerabilidad de nuestros estudiantes, que están expuestos a estos cambios sin protección alguna y que los afrontan en

condiciones paupérrimas de afecto y sin posiciones críticas que le permitan distanciarse y fijar criterios de selección y análisis ante el bombardeo de informaciones y predominio de lo desechable.

## **Bibliografía**

De Zubiría Samper, J. (2006). *Los modelos pedagógicos: hacía una pedagogía dialogante*, (2ª. ed.). Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

Ferrés, J. (2000). Educar en una cultura del espectáculo. *Papeles de Pedagogía*. Barcelona: Paidós.

Frigerio, G. (2007). Las inteligencias son iguales. *Revista Educamos*, número 1. Disponible en: [www.anep.edu.uy/educarnos](http://www.anep.edu.uy/educarnos).